

LA PSICOLOGIA Y LA ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS. NOTAS ACERCA DE SIGLO Y MEDIO DE RELACIONES

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Helio Carpintero Capell *

Srs. Académicos:

Me ha correspondido, por azar, ser el primero en intervenir en nuestras sesiones semanales en este nuevo año de 2007, año en que nuestra Casa cumple los 150 años de existencia. La Corporación se apresta para una serie de celebraciones, entre las que de modo casi obligado habrá que contar con las revisiones históricas del camino andado, a las que habrá sin duda de acompañar alguna suerte de expectativa de futuro.

He creído que no estaría fuera de lugar el dedicar mi intervención al examen de la relación de nuestra Academia con el ámbito disciplinar en que me muevo, la Psicología, campo al que me siento obligado a prestar voz en esta Casa, para que de alguna manera se sienta vinculado a la empresa cultural y científica que nuestra Institución representa en el máximo nivel académico, junto a otras similares hoy reunidas en el Instituto de España.

Quiero, pues, examinar las relaciones y conexiones que nuestra Academia ha mantenido con la psicología científica en este siglo y medio de existencia, y tratar luego de extraer algunas consecuencias.

* Sesión del día 9 de enero de 2007.

I. LOS TIEMPOS INICIALES

No pretendo hacer aquí historia de nuestra Institución. Otros compañeros mucho más preparados que yo y con mayor conocimiento y familiaridad con esta Casa lo harán, sin duda, en sesiones que habrán de tener lugar en los meses próximos.

Recordaré, tan sólo, que esta Academia se creó como resultado de una disposición de la Ley de Instrucción Pública de 9 de septiembre de 1857, en días en que reinaba doña Isabel II, y que su establecimiento fue seguido de inmediato de una serie de nombramientos y elecciones que hizo posible la congregación de un grupo de figuras de gran relieve político, social e intelectual, de las que se esperaba asesoramiento y consejo que consolidara “la libertad de los espíritus”, así como remedio y ayuda “para combatir cualquier extravío de la razón humana”. Así parece haberlo expresado el entonces ministro de Fomento Sr. Marqués de Corvera, al inaugurar la nueva institución en nombre de la reina.

Velando sin duda por una mayor eficacia y representatividad, la Academia se ha estructurado en cuatro secciones permanentes: de Ciencias Filosóficas, de Ciencias Políticas y Jurídicas, de Ciencias Sociales y de Ciencias Económicas. Y en la primera de las mencionadas se agrupa –según expresa nuestro pequeño Anuario, siempre a la mano en todas nuestras reuniones– a “teólogos, psicólogos y pedagogos, además de filósofos” (*Anuario*, 2006, 42).

Tal es hoy la situación de hecho, en la que la psicología encuentra ubicación institucional.

Notemos, por lo pronto, que la fundación de nuestra Institución aconteció en una época en que la psicología que hoy cultivamos, que se enseña en nuestras universidades y forma a nuestros profesionales y especialistas, no había cobrado todavía identidad propia en el campo del saber, ni reunía en torno suyo a una comunidad académica y profesional que sustentara un cierto modelo o paradigma desde el que definirse frente a otros saberes vecinos.

Las historias de la psicología científica repiten con frecuencia el juicio de un gran investigador alemán de los primeros tiempos, Hermann Ebbinghaus, quien acertó a dar expresión a la situación ambigua de la psicología en sus primeros días, en las últimas décadas del siglo XIX. Dijo que ésta tenía “un largo pasado y una corta historia” (Carpintero, 2003, 22). Su pasado era el propio de un conocimiento filosófico centrado en el análisis reflexivo acerca del alma, de la conciencia o la mente del sujeto humano. Pero añadió que comenzaba ya a tener una corta historia, desde el punto y hora en que se había cambiado sustancialmente el paradigma dominante, al tratar de someter la mente o la experiencia humanas al análisis

experimental propio de una ciencia positiva, y más precisamente aún, de la ciencia fisiológica, cuyos laboratorios iban a ser el modelo a seguir a la hora de diseñar los nuevos modos mediante los cuales ese saber ahora buscado pudiera alcanzar el nivel de rigor y positividad deseados.

Esa nueva ciencia psicológica, desgajada de la filosofía, podría venir a ser la base de las nuevas ciencias del espíritu, en contraposición a las de la naturaleza. Pero había de ser entendida ya como “una psicología autónoma e independiente de toda teoría metafísica” (*eine selbständige, von metaphysischen Theorien unabhängige Psychologie*) para decirlo con palabras de Wilhelm Wundt, la figura usualmente tenida por iniciador, o uno de los iniciadores, de la nueva disciplina (Wundt, 1920, #1). Wundt había marcado un nuevo nivel epistémico, al crear en 1879, y en la Universidad de Leipzig, un laboratorio dedicado a la investigación experimental que sería muy pronto la meca intelectual a la que habían de dirigirse los primeros fundadores de una serie de tradiciones psicológicas nacionales.

Durante largo tiempo nuestra Academia no parece haber tomado en cuenta, de modo explícito y fehaciente, el cambio profundo recién producido en aquella región del saber acerca de las cuestiones y fenómenos psíquicos. Pero no es culpa suya, si entre entre los más cercanos a la psicología, durante mucho tiempo, estas cosas tampoco han estado claras. La historia de las peripecias académicas de la psicología entre nosotros las ha estudiado con todo detalle recientemente un investigador, el profesor Quintana Fernández (Quintana, 2004b).

La psicología llegó a tener reconocimiento universitario en 1866, cuando el ministro Manuel Orovio —que llegó al ministerio tras la asonada escolar de la Noche de San Daniel (10 de abril de 1865)— reorganizó la Facultad de Filosofía y Letras separando, dentro del campo de la “Metafísica”, unos “Estudios Superiores de Psicología y Lógica” y otros “Estudios Superiores de Metafísica y Ética”. Tras la Revolución del 68, y el cambio social que ésta trajo consigo, el ministro Ruiz Zorrilla volvió a reunirlo todo bajo el manto de la “Metafísica” (1868), y ahí siguió cuando volvió Orovio al ministerio, tras la Restauración. Este hecho tuvo su trascendencia al chocar el gobierno con la Segunda cuestión universitaria, en 1876, y separar de su cátedra de metafísica a Salmerón, junto a otros profesores krausistas. La cátedra entonces vacante la ocupó Juan Manuel Ortí y Lara, quien llegaría a ser miembro de número de esta Casa, integrista apasionado decidido a combatir a los “textos vivos”, esto es, los catedráticos krausistas que aprovechaban la cátedra para exponer su pensamiento. En 1881, al reintegrarse en su puesto Nicolás Salmerón, la universidad se encontró con dos catedráticos de metafísica, uno krausista y el otro escolástico, lo que, en medio de todo, permitía ensanchar el campo de elección de los jóvenes estudiosos, y ofrecer también visiones contrapuestas de la psicología filosófica que la materia incluía.

Fue, al fin, en tiempos de Sagasta, cuando el ministro Gamazo creó, en 1898, unos Estudios Superiores de Psicología, con lo que se “pretendía hacer justicia a las profundas novedades científicas registradas en el campo de la Sociología y la Psicología fisiológica” (recordemos que ya desde 1889 había una cátedra de Sociología en la universidad Central, que ocuparía Manuel Sales y Ferré (académico de esta Casa), y desde 1892 otra de Antropología, que ocuparía Manuel Antón). Dos años después (1900), Antonio García Alix estableció al fin dos asignaturas, “Psicología superior” y “Psicología experimental”.

La enseñanza de la primera, la de “Psicología superior”, fue desempeñada mediante acumulación por “el lógico y metafísico escolástico Antonio Hernández Fajarnés, y por el historiador, igualmente escolástico, Adolfo Bonilla y San Martín” (Quintana, 2004 b, 257); más tarde, ya en 1923, se dotaría una cátedra nueva para su adecuada cobertura, que ocupó Lucio Gil Fagoaga, discípulo de Bonilla, y espíritu heteróclito que combinaba la filosofía con ciertos toques de psicotecnia escolar. Este se mantuvo en ella hasta la hora de su jubilación (1964), hora en que llegaría allí al fin una personalidad a la altura de los tiempos, nuestro admirado compañero José Luis Pinillos.

Por otro lado, la necesidad de atender a la nueva enseñanza de “psicología experimental” hizo que se dotara una cátedra exclusivamente destinada al cultivo de la “nueva ciencia” (1900). Esta sería ocupada por Luis Simarro, psiquiatra amigo y rival de Cajal en las oposiciones a la cátedra de la Universidad Central, que ganó el genial histólogo aragonés. Simarro era una personalidad muy ligada a la Institución Libre de Enseñanza, y defensor del republicanismo y el librepensamiento (me he referido ya a esta figura en una intervención anterior en esta Casa –Carpintero, 2002–). Llegó a la cátedra en 1902, y pronto la compatibilizó con su importante consulta de psiquiatría, y aún más con sus amplias responsabilidades sociales como promotor de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, de la Asociación para la Defensa de los Derechos Humanos, y sus deberes como gran figura de la masonería, amén de destinar gran caudal de energía a defender la inocencia de Francisco Ferrer Guardia, supuesto inductor del grave sobresalto de la Semana Trágica de Barcelona (1909), y, más en general, defensor del libre pensamiento.

Sea como fuere, Simarro representó esa psicología positiva y científica hasta su jubilación y muerte, en 1921, e impulsó su estudio entre unos cuantos profesores jóvenes de filosofía en la enseñanza media –Juan Vicente Viqueira, Martín Navarro, Fermín Herrero, José Verdes Montenegro, Francisco Santamaría, etc.–, y algunos jóvenes médicos y psiquiatras, en especial Gonzalo R. Lafora, y los más jóvenes José Germain y Emilio Mira.

En el horizonte académico, ocupaba un destacado papel en el campo de la inteligencia crítica y anti-sistema. Ninguno de sus discípulos pudo sucederle en

la cátedra. Tampoco esta Casa podía resultarle familiar y afecta. Su posición ideológica se hallaba a muchas leguas de algunas bien significadas figuras de la misma: Menéndez Pelayo, el propio Ortí y Lara, Sanz y Escartín y quienes apoyaron a Severino Aznar, “promotor político del catolicismo social” (Iglesias, 2001, 103)...

Ciertamente, Simarro no era el único en promover el interés por la nueva psicología. En Barcelona, realizó una labor paralela en el primer tercio del siglo el biólogo veterinario Ramón Turró, hombre que compaginaba el interés por la teoría del conocimiento con la experimentación fisiológica de laboratorio. Su libro *Orígenes del conocimiento. El hambre* (1916), presenta con inmediatez esa dual atracción, filosófica y fisiológica, sentida por aquel singular espíritu. Pero Turró, cabeza durante muchos años de un Laboratorio municipal de fisiología de Barcelona, animador de un pequeño grupo en el que se encontraban investigadores interesados por los problemas psicológicos, como Augusto Pi y Sunyer, y más tarde Emilio Mira, también se hallaba alejado del mundo académico representado por nuestra Casa, pues se hallaba próximo hacia el ámbito más estricto de la fisiología experimental.

Vino así a resultar que, en líneas generales, los pioneros de la psicología científica en nuestro país se movieron en órbitas poco afines al espíritu filosófico que alentaba en muchas, si no en todas, las personalidades que influían en nuestra Institución. En la dualidad de campos ya señalada, traducida en esa doble dirección de una Psicología Experimental frente a una Psicología Superior, positivista y crítica la primera y filosófica y conservadora la segunda, la Casa terminó optando por la segunda en contra de la primera. Lo hizo llamando a su seno a algunos nombres de significación definida. Eran figuras que representaban un pensamiento de renovación escolástica. Su raíz última se hallaba en la filosofía clásica inspirada en la obra de Santo Tomás que se cultivaba entonces en la Universidad de Lovaina.

II. LA LLEGADA DE LA MODERNA ESCOLÁSTICA

Es sobradamente conocido que la Iglesia Católica tuvo durante un tiempo una actitud crítica y hostil frente a la nueva psicología. La idea de que se hiciera un estudio del alma espiritual e inmortal mediante una ciencia experimental, basada en la teoría evolutiva y con una orientación fisiológica reduccionista, encendía la enemistad y oposición de los núcleos más conservadores (Misiak y Staudt, 1955, 7ss).

El giro de modernización de la Iglesia, que favoreció León XIII, con su encíclica *Aeterni Patris* (1879), impulsó la creación de movimientos de renovación católica que buscaban su conciliación con la ciencia moderna. Destaca en este campo con luz propia la figura del belga Desiderio Mercier, arzobispo de Malinas y luego cardenal (1851-1926), promotor de la filosofía escolástica y de la nueva

psicología científica en la Universidad de Lovaina, que atrajo hacia sí el aprecio y admiración de muchos de los intelectuales católicos españoles de su tiempo.

Mercier, con el apoyo del Papa, creó un “Institut Supérieur de Philosophie” o “Ecole Saint Thomas d’Aquin”, en aquella Universidad, primero en 1889 y ya plenamente en 1894.

También por iniciativa suya se creó un laboratorio de psicología experimental que enseguida iba a lograr un gran prestigio y reconocimiento (Richelle et al, 1992, 508).

Hay dos importantes figuras de la naciente psicología española que se formaron con Mercier, con quien tuvieron amistad y estrecho trato. Uno es el sacerdote Juan Zaragüeta, el otro el agustino Marcelino Arnaiz, dos personalidades notables de la primera mitad del siglo XX.

Y digámoslo ya: el grupo ideológico dominante en la Academia quiso hacer un gesto que podría ser tenido como una toma de posición intelectual. En efecto, decidió honrar a Mercier en 1918, al acabar la I Guerra Mundial; el cardenal vino a ser nombrado el primer Académico de Honor de nuestra Casa; al elegirlo, se tuvo en cuenta los altos méritos filosóficos del cardenal –“autor de obras de filosofía de reputación universal”, (vid. Zaragüeta, 1927, 9)–, inscritas todas dentro del círculo de la Neoescolástica más depurada. Aquel movimiento se completó poco después con la incorporación de sus dos discípulos ya mencionados: Zaragüeta en 1920, y Arnaiz, en 1922.

III. LOS ACADÉMICOS DISCÍPULOS DE MERCIER

El P. Marcelino Arnaiz, OSA, (1867-1930) es una figura interesante dentro de los que dieron impulso a nuestra primera psicología. Pasó prácticamente toda su vida en el colegio de PP. Agustinos del Monasterio de El Escorial. No se ocupó de aspectos prácticos, sino de cuestiones teóricas e históricas de filosofía y psicología (Carpintero, 2006), y en especial de la psicología del pensamiento (Pérez-Delgado y García Ros, 1990).

Estaba muy interesado en la recuperación de la filosofía neoescolástica, y pronto reconoció el magisterio de Mercier en Lovaina. En 1901 publicó un artículo sobre el Instituto Superior de Filosofía de Lovaina en la revista filosófica *La Ciudad de Dios*, editada por el Colegio de El Escorial. Ahí se evidencian los lazos de discípulo y amigo que le ligaban al Cardenal. Este le propuso como miembro de la Sociedad Filosófica de Lovaina, en 1904, y su relación se mantuvo viva muchos años.

Publicó trabajos sobre Mercier, la neoescolástica, y dio cuenta a lectores españoles de acontecimientos culturales relevantes ocurridos en el Instituto. También tradujo y promovió la publicación de *Les origines de la psychologie contemporaine*, para el cual su autor añadió un prólogo especialmente escrito para la edición (Mercier, 1901). Es un prólogo curioso. En él, además de agradecer al traductor su amistad y su trabajo, recordaba con estima la obra de los escolásticos españoles del Renacimiento, de Vitoria a Suárez, y animaba a reavivar la investigación en el presente; más aún, en una nota advertía, además, de la necesidad de hacer un cierto “examen de conciencia”, porque, escribe allí, los autores escolásticos españoles “¿no han tenido muchas veces una confianza quizá exagerada en el valor intrínseco de su fe cristiana y en el recuerdo de sus glorias nacionales?”; además, admite que le ha llegado cierta información sobre España, donde parece que es “desconocido o poco menos” el pensamiento de Kant (Mercier, 1901, ix, n.2).

Era ésta toda una llamada de atención. No sé qué efecto produjo semejante crítica en España, pero lo cierto es que pocos años después algunos jóvenes intelectuales, como José Ortega y Gasset, Manuel García Morente, María de Maeztu, iban a emprender el viaje a Alemania, para formarse en Kant con los neokantianos de Marburgo.

El discípulo dejó además escrito un ensayo apreciativo de su amigo y maestro (Arnaiz, 1906), pero, lo que nos importa es que realizó también una importante obra en psicología teórica. Merece sobre todo destacarse su libro *Cuestiones de psicología contemporánea* (1903), y su curso *Elementos de una psicología fundada en la experiencia*, con un primer volumen sobre *La vida sensible* (1904) y un segundo sobre *La inteligencia* (1914). Como he dicho en otro lugar, para Arnaiz “los fenómenos psíquicos responden a leyes... pero además apuntan a un ser permanente, sustancial, que vive en ellos” y que muestra “dos aspectos esencialmente unidos e irreductibles a la vez, uno psíquico y el otro biológico”; todo ello interpretado desde “la constitución hilemórfica del compuesto humano” defendida por el tomismo (Carpintero, 2006).

En particular su volumen sobre inteligencia ofrece interesante información sobre la nueva psicología experimental del pensamiento, y en sus páginas se hace mención explícita de la obra de Husserl, conduciendo todo ello hacia una deseada convergencia con el “ideorrealismo” tomista (Id.).

Entre sus contribuciones a la vida intelectual de esta Casa, se ha de mencionar su discurso de ingreso, sobre “El espíritu matemático”. No parece haber añadido cosa de monta, durante su permanencia aquí, a la obra primera psicológica a que nos hemos referido.

La otra figura vinculada a Lovaina es la del sacerdote de origen vasco, pronto asentado en el mundo de Madrid, Juan Zaragüeta Bengoechea (1883-1974),

que iba a ser una importante figura en el mundo cultural de la primera mitad del siglo. (Carpintero, 2006).

Tuvo una amplia formación filosófica en la Universidad de Lovaina, donde fue discípulo muy próximo del Cardenal Mercier, a quien dedicaría un amplísimo estudio necrológico con ocasión de su fallecimiento (Zaragüeta, 1927).

Inicialmente fue profesor en el Seminario católico de Madrid; luego se orientó hacia la formación de educadores y maestros, ocupando puestos docentes en la Escuela Superior del Magisterio de Madrid. Al suprimirse ésta para integrarse en la Universidad, pasó a ser catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, hasta el final de su carrera. Dirigió, ya después de la guerra civil, el Instituto de Filosofía "Luis Vives" del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, sucediendo en ese puesto al P. M. Barbado, OP. Participó activamente de la vida de esta Academia desde su ingreso en 1920; recordemos que fue su Secretario perpetuo prácticamente desde 1939 hasta su fallecimiento en 1974.

Se interesó pronto por la filosofía, la psicología y la educación. Formado en la Escolástica, a esta había unido un conocimiento riguroso de la fenomenología y del pensamiento de Bergson, temas a los que dedicó sendas obras de interés. Inicialmente se ocupó de cuestiones filosóficas relacionadas con el lenguaje, la filosofía de los valores, la voluntad, incluso la psicología experimental. Ya antes de llegar a la Academia publicó varios trabajos sobre psicología, destacando su tesis doctoral *Teoría psico-genética de la voluntad* (1914). Su discurso de ingreso versó sobre el lenguaje y la filosofía de los valores. En años de madurez desarrolló una visión sistemática de su pensamiento sobre *Filosofía y Vida* (Zaragüeta, 1957).

Espíritu liberal, apoyó la Escuela de Psicología que fundara José Germain en 1953, en la Universidad madrileña, escuela que había de ser el primer centro de formación de profesionales de psicología en nuestro país. Mantuvo además muy buena relación con Ortega al regreso de su exilio después de la guerra, y con el discípulo de este, Julián Marías; sobre todo, tuvo el respeto y aprecio de Xavier Zubiri, que había sido discípulo suyo en sus años de seminario, y que siguió manteniendo hacia él un gesto cálido de discípulo durante toda su vida.

En las páginas de nuestros *Anales* se recogen muchos trabajos suyos: Sobre la idea de 'lo suyo' (1935), sobre Mercier (1951), sobre la filosofía y las ciencias sociales (1957), violencia y vida (1960), vida, hecho y quehacer (1966), lo propio y lo ajeno (1967), el determinismo (1973), vocabulario cognoscitivo y valorativo (1975); pero, en particular, estimo que se debe subrayar el particular sesgo psicológico de su trabajo sobre la psicología de la vida económica (1963), los complejos psicológicos (1968), hombre y animal (1969), y la voluntad y el futuro (1971) a los que luego me referiré.

Más allá de los aspectos concretos, estos dos religiosos intelectuales dejaron tendido un puente de comunicación importante entre el mundo filosófico escolástico español y el mundo de Lovaina. Sin duda nuevo fruto de ello hubo de ser la incorporación como Académico correspondiente del Barón Albert Michotte, profesor de psicología experimental en aquella Universidad y figura destacada de la psicología en Bélgica. Ello tuvo lugar en 1947.

Y, lo que es más interesante, Zaragüeta apoyaría con toda energía la incorporación a la Academia de un joven y brillante psicólogo, también estrechamente relacionado con Lovaina a través de Michotte y de él mismo, el profesor Mariano Yela, maestro de los psicólogos españoles de nuestro tiempo y al que enseguida me referiré.

III. OTRAS CONTRIBUCIONES A LA PSICOLOGÍA ANTERIORES A LA GUERRA CIVIL

En el campo de los discursos académicos, que es un lugar preeminente para se produzcan las contribuciones personales de mayor calado por parte de los académicos, debo mencionar una interesante pieza, que responde perfectamente al interés grande sentido en nuestro país por las cuestiones de psicología aplicada a la vida social, y en particular, a los problemas de la orientación profesional y vocacional.

Me refiero al discurso con que ingresó en la Casa, en 1924, don Emilio Miñana Villagrasa, discurso que está dedicado a *De la orientación y selección profesionales* (Miñana, 1924). Me he referido a ello con algún detalle en otro lugar (Carpintero, 2001); aquí recogeré tan solo las ideas esenciales.

Miñana (1872-1937) fue jurista, profesor de Derecho en la Universidad de Madrid, y asesor de la Cámara de agentes de cambio y bolsa de Madrid. Realizó algunas publicaciones relativas a derecho mercantil, y, entre otras aportaciones intelectuales que al parecer le son debidas, figura la traducción compartida de la *Crítica de la razón práctica de Kant*, que aparece firmada por él y por Manuel García Morente (Kant, 1913/1998).

El discurso tiene un claro acento de actualidad. La I Guerra Mundial puso en primer término el interés de la psicología aplicada para cuestiones sociales relativas a la selección de personal en empresas y tareas especializadas, y, más en concreto, su utilidad a la hora de colocar a 'la persona adecuada en el lugar adecuado', incrementando así de modo considerable las perspectivas de un sólido orden social, que se veía entonces de hecho amenazado por los problemas laborales y sindicales sufridos por numerosos países, incluido el nuestro.

Ese interés había llevado, entre otras cosas, a la creación de un Instituto de Orientación Profesional en Barcelona (1918), dependiente del Ayuntamiento y de la Mancomunitat de Cataluña, que había adquirido de modo rápido gran prestigio internacional, debido sobre todo a la labor del equipo que lo llevaba adelante: el médico, psiquiatra y psicólogo Emilio Mira, el ingeniero Josep M. Tallada y otros colaboradores. El Instituto se encargó de organizar la “II Reunión internacional de Psicotécnica”, en 1922, tras la primera celebrada el año anterior en Ginebra bajo la activa dirección de Edouard Claparède, una de las figuras con mayor reputación dentro de la psicología europea de la época. También se organizaría allí mismo la VI reunión en 1930.

Miñana explicita su consideración de la nueva psicología: “La ciencia psicológica, que hasta tiempos muy recientes era considerada como algo muy alejado del terreno económico, aparece ahora en su aspecto de ciencia aplicada como una de las auxiliares más importantes de la Economía” (Miñana, oc. 46).

Con documentación muy notable, en parte debida a un contacto personal suyo con G.H. Miles, entonces secretario del “National Institute of Industrial Psychology”, de Londres, así como con O. Lipmann, de Berlín, y J.M. Brewer, de Harvard, Miñana centra los temas de esta rama de la psicología en dos grandes cuestiones: la producción de bienes, y la comercialización de los mismos; o lo que es igual, una psicología del trabajo y la producción industrial, y otra de la publicidad y distribución de productos en el marco de la sociedad.

Interesado sobre todo por la primera temática, admite la importancia capital del factor humano en el proceso de producción, y en relación con ello, presta atención a los trabajos sobre organización científica del trabajo, impulsados grandemente por la obra de Frederick W. Taylor.

Por una parte, recomienda el estudio de las habilidades del individuo para buscar su perfil, a través del cual adaptarlo a las peculiaridades de los diferentes puestos; pero es consciente de que el proceso de orientación exige también conocer el estado social de las diferentes profesiones y ocupaciones. “No basta—escribe— conocer las aptitudes necesarias para cada industria y buscar su correlación con las poseídas por un sujeto determinado... es preciso determinar, además, las probabilidades de desenvolvimiento o de decadencia que en un porvenir más o menos próximos pueda tener un oficio o profesión determinados” (Id. 64). De ahí que el psicotécnico haya de trabajar en equipo con economistas, estadísticos, médicos y maestros.

En torno a los procesos de selección surge, como no podía ser menos, la crítica a los hábitos nacionales de su práctica entre nosotros. Para Miñana parecería que aquí se desprecian las aptitudes, y que “se busca de intento la persona

menos adecuada para el cargo". (Id. 116). Esto ocurre con las "carteras para los departamentos ministeriales", los "empleos de todas especies y calidades", y en general, en todas partes parece que "el argumento supremo es la relación de parentesco o amistad" (Ibid.), hasta el punto de que lo que tenemos, en realidad, es "una verdadera *selección al revés*" (Id., 117). Cada grupo, cada líder, busca colocar a los suyos, sin que importe la competencia ni la calidad. Por eso, con un estilo plenamente regeneracionista, escribe: "pudiéramos decir, sin ofensa para nadie, que más que una agrupación nacional somos los españoles un cierto número de tribus que vivimos en un territorio llamado nacional" (Id. 118).

La adopción de las pruebas racionales de selección, ya preconizadas siglos antes por Huarte de San Juan, sería la verdadera 'revolución' a realizar en el país (Id. 122).

El discurso de Miñana tiene muy buena información; conoce los nombres más destacados de la especialidad en aquel momento; demuestra haber tenido contactos con centros de orientación extranjeros, y estar al día de los esfuerzos que en Barcelona se vienen llevando a cabo por Mira y su equipo. Lo curioso, y a la vez, lo preocupante del asunto es que su autor no volvería a trabajar sobre el problema, ni su obra ha tenido repercusiones en el marco profesional, y así, ese discurso es una pieza académica sin antes ni después, desconectada de la red profesional y sin verdadera raíz en una práctica personal que sustentara aquellas reflexiones.

IV. OTRAS APORTACIONES PUNTUALES ANTERIORES A LA GUERRA CIVIL

En la revisión que hacemos, debemos prestar alguna atención a un singular concurso que la Academia patrocinó en los años de la I Guerra Mundial, y que, por la índole de la cuestión impuesta como tema entra de lleno en el terreno psicológico. Me refiero al Concurso ordinario que hizo público la Academia, en 1915, que había de versar sobre "Transformación de los procesos psíquicos conscientes en procesos inconscientes. Consecuencias que de este hecho se derivan".

No tengo información acerca de los motivos que impulsaron a los académicos de aquellos días a elegir semejante cuestión. Disponemos, en cambio, de cinco trabajos que se presentaron en busca del deseado premio, y que fueron todos coronados, y todos publicados: un premio y cuatro accesits.

Los autores de esos trabajos proceden de campos profesionales bien diversos. Son los siguientes: primero, Leandro González Reviriego, abogado del

estado, que es el autor de la memoria premiada (González, 1920); quienes obtienen los accesits son: Antonio Álvarez de Linera, catedrático del Instituto General y Técnico de La Laguna, y de la Sección universitaria del mismo (Álvarez, 1920); Eugenio Lorenzo Rodríguez, doctor en derecho civil y canónico, Filosofía y letras, licenciado en Teología, académico de la de Jurisprudencia, protonotario apostólico, catedrático, fiscal eclesiástico, cura párroco de término en Ultramar, etc. (Lorenzo, 1920); P. Eustaquio Ugarte de Ercilla, SI. (Ugarte, 1920), muchos años profesor de filosofía en la Universidad de Deusto; y Jorge Anguera de Sojo, profesor de la Escuela de Criminología (Anguera, 1920).

Hay una nota común a todos ellos, que debe destacarse desde una perspectiva actual: ninguno de los trabajos mencionados incluye la menor referencia a la obra de Sigmund Freud, aunque se hable de consciente e inconsciente con frecuencia en sus páginas. En otras palabras, todos ellos son 'prefreudianos' en su construcción, y en gran medida, el horizonte de sus reflexiones viene dado por la obra de Wundt, en psicología, y por la de Cajal, en sus referencias a las cuestiones nerviosas. Hay alguna excepción, a la que luego me referiré.

El trabajo premiado se muestra como más completo y mejor organizado. De su punto de partida da idea la declaración siguiente: "El ser humano, como todos los seres del Universo, es un fenómeno natural, y por lo tanto, un producto del medio", pero sobre todo del medio de sus antecesores, cuyo efecto le llega a través de la herencia. (González, 1920, 372). Hay una base hereditaria –en que distingue el plano de lo anatómico, de lo fisiológico, y de lo "Instintivo" (id., 393)–, plano que integra la 'esencia' de los seres (id. 402); sobre todo ello se construirá "el individuo de la educación" (id. 373), que es ya inteligencia.

De modo muy general, se sostiene en esos trabajos que a través de los mecanismos de habituación y creación de hábitos se produce esa transformación de los procesos conscientes en inconscientes, un proceso que en alguna de estas memorias se explica desde la necesidad de liberar la atención de innumerables actividades mecanizables, para "entregar de esta manera nuestra potencia intelectual a las más altas especulaciones" (Anguera, 1920, 171). En síntesis, lo que hay es una revisión de los procesos psíquicos desde el horizonte del estructuralismo wundtiano, en que la conciencia aparece como carácter fundamental de lo psíquico, sin que ello obste a que se reconozca la existencia de procesos psicofisiológicos y también actos habituales en que la conciencia es nula o sumamente reducida. También cabe notar estos otros extremos: la referencia dominante a la psicología de Wundt, y a las aportaciones francesas de manuales; la nula presencia de Freud ya señalada, y la reducida de autores relevantes sobre el tema, como Jastrow, Pierre Janet y su doctrina del automatismo, y la también limitada influencia de W. James y la psicología americana. Además, es muy amplia la atención que se presta a la psicología escolástica (Urráburu, y otros autores clásicos,

Zaragüeta, y en ocasiones también con el Cardenal Mercier); el hecho es particularmente notorio en el caso de autores religiosos como el P. Ugarte y Lorenzo Rodríguez. Y no deja de sorprender el hecho de que el primer premio haya recaído en un hombre que profesionalmente se identifica a sí mismo como abogado del Estado.

En general, todo ese conjunto de literatura generada en torno al tema de concurso parece haber venido a respaldar el valor de una formación que puede generar una segunda naturaleza de hábitos mecanizados e inconscientes desde su previa ejecución con plena conciencia y con control intelectual de los mismos.

V. OTRAS APORTACIONES COMPLEMENTARIAS

Desde luego, cabría recolectar otro cierto número de trabajos donde los temas de alguna manera rozan o se confunden con cuestiones propias de la reflexión filosófica acerca del alma o de las potencias espirituales, incluidos temas como el lugar de las ciencias sociales, su metodología de estudio, o la posible índole determinista de los fenómenos propios de ese campo. Habría que revisar en detalle las ideas de Figuerola en su filosofía del trabajo (Figuerola, 1884), o las de Alonso Martínez sobre positivismo y ciencias sociales (Alonso Martínez, 1884), las de Santamaría de Paredes sobre el organismo social (Santamaría, 1898), y las curiosas páginas de Sanz Escartín sobre "Psicología colectiva. Las emociones de bolsa" (Sanz 1914). Igualmente habría que analizar con algún cuidado las memorias que la Academia publicó de José Mallart, un pionero de la psicología científica y profesional que aquí se ocupa de cuestiones educativas y sociales en trabajos sobre las colonias educativas, y más particularmente uno que dedica a *La elevación moral y material del campesino* (Mallart, 1933), donde se incluyen curiosos análisis de aptitudes psicológicas de trabajadores agrícolas y de la situación de jóvenes campesinos intelectualmente superdotados en un marco escolar carente de estímulos.

Creo, no obstante, que es aquí conveniente extremar la exigencia de especialización en los trabajos a considerar, pues esto es lo que nos permite tener una idea de la situación de la nueva psicología científica en nuestra sociedad, toda vez que las reflexiones o comentarios de índole más filosófica, sin dejar de tener algún interés, no permiten establecer con firmeza la efectiva incorporación de los nuevos saberes.

Tenemos, en definitiva, que llegar a la etapa de posguerra, y más aún en los años sesenta y setenta, cuando, tras haberse recuperado entre nosotros el cultivo de la psicología científica, se alcanzaba un nivel nuevo de desarrollo técnico y profesional, con el establecimiento de la licenciatura universitaria correspondiente.

VI. LA EXPANSIÓN DE LA PSICOLOGÍA

Recordaré, de modo sumario, los principales jalones del proceso.

Comenzaré por advertir que la Guerra civil supuso el descalabro generalizado de la situación que había alcanzado la psicología en los años de la II República, donde, a falta de unos estudios formales, se había creado por el Ministerio de Trabajo una red de Institutos de psicología aplicada y psicotecnia, centralizados unos por el Instituto Nacional de Psicología Aplicada de Madrid, y otros por el Instituto Psicotécnico de Barcelona, que atendían a los exámenes psicotécnicos exigidos en ciertas selecciones de becarios, permisos de conducción y armas y otros temas similares. Ello había permitido la aparición de unos pequeños grupos de investigadores y de diplomados en psicología, encabezados por Emilio Mira y José Germain, con creciente reconocimiento internacional y solvencia.

Tras la guerra, el campo de la psicología académica quedó de nuevo englobado dentro del ámbito de la filosofía. Contribuyó mucho a ello Manuel Barbado OP (1886-1945), decidido partidario de una psicología construída dentro del marco conceptual de la Escolástica tomista.

El restablecimiento de una psicología científica iba a ser una empresa que uniera a un grupo de jóvenes –Mariano Yela, Jose L. Pinillos, Miguel Siguán, F. Secadas y unos pocos más– alrededor de José Germain, uno de los contados supervivientes de la época precedente que había quedado en España, ahora un tanto marginado por su relación discipular con figuras significativas de exiliados como Ortega y Rodríguez Lafora. Sin embargo, con tesón y habilidad logró en 1948 dirigir un Departamento de Psicología Experimental en el CSIC, y en 1952 crear una Sociedad Española de Psicología, y al año siguiente, una Escuela para posgraduados en la Universidad de Madrid (Carpintero, 2006).

Este pequeño grupo se esforzó incansablemente por hacer que la psicología llegase con plenitud a la universidad. La licenciatura se creó en 1968, la primera Facultad de Psicología en 1980, año en que también se creó el Colegio Oficial de Psicólogos, y en 1994 fue ya posible organizar un Congreso Internacional con miles de profesionales y especialistas, que daban el espaldarazo a la labor de los años precedentes, y situaban la psicología española en una primera línea del mundo occidental. Cerca de 30 universidades forman hoy psicólogos, hay más de 30.000 profesionales registrados en su organización, y hay nombres españoles en todos los acontecimientos y comités internacionales, situados a la altura de sus colegas extranjeros. Numerosas revistas vehiculan la considerable producción intelectual en este campo, y es creciente el número de publicaciones que aparecen en revistas internacionales de prestigio e impacto.

Esta psicología llega a la Academia a través de tres de los colaboradores de Germain, que han sido los verdaderos promotores de la psicología en la Universidad: Mariano Yela, que ingresa en 1974, José Luis Pinillos, que lo hace en 1983, y en fin, Miguel Siguán, académico correspondiente incorporado en 1987. Algunas otras contribuciones a los temas y materias de este campo científico se mencionarán en su lugar.

VII. LOS PSICÓLOGOS LLEGAN A LA ACADEMIA

Como acabo de indicar, en 1974 leyó su discurso de ingreso en esta Casa Mariano Yela, que se ocupó precisamente de *La estructura de la conducta. Estímulo, situación y respuesta*. Le contestó, por la corporación, don Juan Zaragüeta.

Nacido en Madrid en 1921, y muerto allí también en 1994, pertenece a la generación de 1916, como sus compañeros de grupo José Luis Pinillos, y Miguel Siguán, y nombres como los de Julián Marías, José Ferrater Mora, Camilo J. Cela, Miguel Delibes, Luis Rosales, y tantos más, hombres y mujeres que se vieron radicalmente afectados por la guerra civil que se abatió sobre ellos en su primera juventud (Carpintero, 2006).

Yela se ha formado después de la guerra en la universidad de Madrid. Amplió estudios en Estados Unidos, trabajando principalmente en Chicago con una figura capital de la psicología matemática, Louis L. Thurstone; luego hizo nuevos estudios en Lovaina con Albert Michotte, y hasta sacó tiempo para seguir unos seminarios de Heidegger en Alemania sobre antropología filosófica.

Comenzó trabajando en recursos humanos en una gran compañía industrial, entre 1950 y 1957. Desde 1957 fue catedrático de psicología en la Universidad de Madrid, cofundador de la Escuela de Psicología (1953), y miembro fundador y luego presidente durante muchos años de la Sociedad Española de Psicología, además de obtener muchos otros premios y distinciones. Permaneció activo en esta Casa entre 1974 y 1994, año en que falleció.

Sus conocimientos de psicología cuantitativa, y sobre todo del análisis factorial y su interés por la acción e intervención psicológicas, y no sólo por su versión teórica, le facilitaron sus movimientos en los varios campos de la psicología, y muy en especial en el del trabajo y las organizaciones. Dentro del campo de la investigación básica, se interesó durante años por la estructura factorial de la inteligencia, y los aspectos diferenciales de la psicología del lenguaje. Al cultivarlos, iba a tener buen cuidado de integrar la técnica más rigurosa con una consideración de los problemas que no dudaré en calificar de filosófica y humanística.

Su discurso de ingreso ha de ser visto en el contexto de la influencia generalizada que sobre el pensamiento occidental ejerciera la psicología conductista americana durante los años cincuenta y sesenta, y contra algunos de cuyos axiomas levanta Yela detalladas y certeras observaciones.

El conductismo había reducido la psicología al estudio de estímulos, respuestas y conexiones entre ambos elementos. Reposaba esencialmente sobre una visión empírica del problema, y hacía del aprendizaje, la modificación de la conducta en función de la experiencia, el elemento clave de su edificio conceptual. La focalización sobre la conducta se había hecho al precio de excluir la mente y la subjetividad de su campo de estudio. Hubo críticas no exentas de fundamento que afirmaron que los psicólogos, en realidad, no estudiaban ni el estímulo, ni la respuesta de los organismos, sino tan solo el guión que se acostumbraba a intercalar entre ambos conceptos, indicativo de su estrecha y constante correlación.

El discurso de Yela subrayaba con energía que tanto la comprensión del estímulo como la de la actividad de respuesta carecían de último fundamento sin el conocimiento del sujeto estimulado por el estímulo, y activado y motivado para ajustar su conducta a la complejidad enormemente variable de las situaciones en que se halla.

Defendía una visión del organismo esencialmente activo, que busca información sobre la situación en que encuentra su entorno (1974, 73); consideraba estímulo “la situación estimulante percibida y según es percibida” (Id., 82), pero en ese percibir, o más ampliamente, en ese procesar la información captada, entrarían en juego las actitudes, aprendizajes, y en general, una serie de variables intermedias y moduladoras, todas unificadas bajo la idea de personalidad (Id., 90). Respondiendo, en cierto modo, a la presión de la psicología conductista, Yela escribió: “Hay que destronar el estímulo y restaurar la conciencia” (Id., 92), aunque sin perder el estímulo en muchos procesos, y sin hipostasiar la conciencia, sino ligándola a la conducta, acción a través de la cual el sujeto “se expresa y conforma”. El hombre, terminaba diciendo, “se conduce según es y va siendo según se conduce” (Id., 95). De modo que, en definitiva, a través de sus reflexiones Yela retornaba a una psicología del sujeto, dotado de inteligencia y personalidad, creativo y expresivo a través de sus actos dotados de intencionalidad y significación, en una línea que la psicología más nueva de la época, el cognitivismo, exploraba de modo paralelo, y con frecuencia sin tanta profundidad. En sus posteriores comunicaciones a esta Casa, volvió con frecuencia a su tema preferido, el estudio de la inteligencia, sobre lo cual diré algo enseguida.

Es cosa a notar, visto el proceso en la distancia, cómo el paso siguiente, postulado en las líneas que acabo de citar –la restauración de la conciencia–, iba a ser el centro temático del segundo discurso académico a que me he de referir, el de José Luis Pinillos. Veámoslo.

José Luis Pinillos, como ya indiqué antes, ingresó en esta Casa en 1983. Ha nacido en Bilbao, en 1919; se ha licenciado y doctorado en filosofía (1949), ha ampliado estudios en Alemania (con Rothacker y otros) y en el Reino Unido (Eysenck), y luego ha colaborado muy activamente en el grupo ya mencionado de Germain. Al fin, ha sido catedrático de psicología, primero en la Universidad de Valencia (1961) y luego en la Universidad Complutense de Madrid (1966), de la que ha terminado siendo profesor emérito. Ha recibido numerosos honores y distinciones, que a todos son notorios porque están detallados en nuestro *Anuario*, como es bien sabido.

Su discurso *–Las funciones de la conciencia–* podría decirse que viene a proseguir la línea de reflexiones que abriera Yela en el suyo que acabo de recordar. En realidad, no es que uno siga a otro: es que la psicología ha avanzado en todo ese tiempo precisamente en esa dirección. Yela se ocupaba primordialmente de conducta, que era el tema de su tiempo, y Pinillos lo hace acerca de la conciencia, porque esta ha vuelto a ser el tema de la psicología, singularmente con la renovación que ha representado el movimiento cognitivo, y que estaba de plena actualidad en el momento en que fue leído (Hilgard, 1980).

Yendo más allá de las polémicas de escuela, Pinillos examinaba las funciones de la conciencia partiendo del reconocimiento de un hecho básico que enunciaba así: “si la conciencia suspendiera sus funciones, se produciría la defunción biográfica del género humano” (Pinillos, 1983, 34). En efecto, la vida humana es posible precisamente como actividad no automática montada sobre toda una serie de complejos automatismos, que la liberan abriendo un espacio de creatividad y conciencia personales. La autoconciencia vendría así a estar directamente relacionada con la autodeterminación (Id., 42). La cadena causal de estímulos en que se mueven los organismos de esencia cerrada (Zubiri) viene a abrirse a un plano de representaciones donde opera no ya la causalidad física sino la determinación por razones y fundamentos (Id. 66). Y ambas dimensiones vendrían a integrarse en el todo unitario del sujeto, cuya viabilidad biológica y existencial reposa en gran medida sobre aquellas. “Los seres humanos *–advierte–* necesitamos de la conciencia aun cuando a veces no actuemos conscientemente” (Id., 117); nos es necesaria, precisamente para posibilitar la constitución de nuestra vida biográfica.

La aparición de la conciencia en el seno de la evolución biológica es un problema que en el discurso se aborda desde la perspectiva del moderno emergentismo, que afirma la aparición de novedades cualitativas desde el desarrollo creciente de unas estructuras de mayor complejidad cuantitativa y organizativa.

En la elaboración de este discurso se integran con gran rigor y pericia informaciones provenientes de las neurociencias y de la psicología experimental contemporánea, junto a reflexiones y hallazgos de la filosofía reciente, en particu-

lar de la fenomenología. Y ello conduce hacia el reconocimiento de la validez limitada pero operativa del informe introspectivo, cuya problemática existencia y reciente reconocimiento ha constituido un tema de debate central en la psicología del siglo XX.

El discurso ha jugado un importante papel en la consolidación de la nueva psicología cognitiva en España. Ha sido repetidamente citado, ha sido comentado y en algunas ocasiones prolongado, tanto en dirección hacia la pura teoría como también hacia la aplicación y la experimentación. Por otra parte, su autor viene enriqueciendo con otras contribuciones suyas a la Academia, a que ahora me referiré.

VIII. OTRAS CONTRIBUCIONES A LA TEMÁTICA PSICOLÓGICA TRAS LA GUERRA

Merece ser recogida aquí una porción no desdeñable de trabajos que, en forma de artículos incluidos en los *Anales* de la Academia, han ido apareciendo en los años que siguieron a la guerra hasta nuestro presente, gracias a la vitalidad –yo me atrevería a decir que ‘creciente’– de esta publicación.

Mencionaré brevemente algunos de esos trabajos, a fin de que se avive nuestra conciencia de que el interés por la psicología, incrementado sin duda con la llegada de los psicólogos que he mencionado a la corporación, no ha sido algo exclusivo de estos, sino atención, curiosidad y preocupación compartida por otros compañeros de formación y especialización distintas.

Para empezar, recordaré que hay una serie de trabajos, firmados por don Juan Zaragüeta, que han estado temáticamente dirigidos a problemas psicológicos, campo al que su autor ha atendido con preferencia desde su juventud. Mencionaré aquí tan solo aquellos de asunto explícita y declaradamente psicológico, como una clásica comparación entre hombre y animal (Zaragüeta, 1969), su curioso ensayo acerca de los complejos psicológicos, cuya variedad –convergentes, divergentes, intelectuales, sentimentales, etc. explora con ingenuidad descriptiva (Zaragüeta, 1968)–, o la muy personal revisión de la psicología económica, campo que no ha hecho sino crecer desde los tiempos, claramente de iniciación, en que él escribía, y donde acumula reflexiones de buen sentido en torno a un doble campo, el de ‘economía individual’ y el de la ‘social’ (Zaragüeta, 1963). También un ensayo sobre la voluntad y el futuro le permitió retomar el complejo tema de la actividad decisora y volitiva, área estrechamente vinculada al ámbito del valor, cuya presencia ha sido constante en su obra y donde examina con minuciosidad la diferencia entre voluntariedad y espontaneidad, que es para él “la gran contraposición” y a la vez los dos extremos de un continuo evolutivo que llega a la primera desde la segunda (Zaragüeta, 1971).

Hay luego que mencionar un puñado de publicaciones firmadas por Mariano Yela, que han incorporado a nuestro Anuario reflexiones e informaciones de actualidad en torno a una temática básica como es la inteligencia humana, y no sólo humana, a la que nuestro admirado compañero dedicó numerosos estudios empíricos y publicaciones especializadas. Precisamente uno de sus últimos trabajos está centrado en el problema de la relación –y comparación– de la inteligencia humana y la artificial, que el desarrollo de la cibernética y los ordenadores ha venido haciendo ya usuales en la literatura contemporánea (Yela, 1994).

En un amplio estudio sobre el progreso de la inteligencia (Yela, 1981), presenta datos sobre apreciación de inteligencia en homínidos y en formas conducentes al ‘homo sapiens’, para concluir que, sin excluir posibles cambios favorables genéticos, el torso del progreso humano reside en la cultura, lo que reclama toda suerte de esfuerzos hacia la igualdad y la plena dignidad para todos los hombres. En otro ensayo de síntesis, integra la perspectiva evolutiva con la diferencial y la general, para terminar por situar esa inteligencia en el complejo de la existencia del sujeto, donde interacciona con sus otras dimensiones de personalidad, e incluso con los estímulos e incitaciones ambientales (Yela, 1986).

Ha tocado otros temas de interés, por ejemplo, la humanización del trabajo, o la vida de las personas de tercera edad. En el primero, insiste en su visión del trabajo como conducta que responde a valores de productividad, satisfacción personal y prestigio social, (Yela, 1982); en el segundo, realiza una síntesis muy sugerente, acerca de los modelos centrados en la idea de adaptación y la de control, para terminar revisando los sentimientos y actitudes propios de la persona anciana en nuestras sociedades (Yela, 1990).

José Luis Pinillos, por su parte, ha realizado contribuciones teóricas de interés, en las que aproxima la psicología a las líneas recientes de pensamiento filosófico contemporáneo, singularmente la reflexión posmoderna y la psicohistoria. Destaco aquí “La deconstrucción del sujeto en el pensamiento posmodernista” (Pinillos, 1994), donde examina a fondo la problematización de “la subjetividad moderna y la identidad personal en un mundo posmoderno”, con consecuencias todavía no bien desarrolladas en el espacio teórico de la propia psicología. También está lleno de sugerencias su examen del valor de la psicohistoria, movimiento que reivindica la prioridad del tiempo vivido biográfico en la comprensión de los procesos psicológicos (Pinillos, 1987, 1988). Tales trabajos representan un notable esfuerzo por ampliar el marco epistemológico en que se viene moviendo la psicología positiva contemporánea, especialmente en nuestro país.

Algunos otros miembros de la Casa han ofrecido, en estos años, reflexiones que tienen una mayor o menor proximidad a la psicología.

Mencionaré, por lo pronto, la ponencia sobre “Técnica y psicología en la productividad” que se ofrece en el volumen de 1963, firmado por Pedro Gual Villalbí. Gual (1885-1968) fue figura notable en el mundo de estudios mercantiles, llegando a ocupar puestos destacados en la administración en los años de la Dictadura de Primo de Rivera; y más tarde, ya en los años del franquismo, fue ministro presidente del Consejo de Economía Nacional (1957-65). Desde temprana fecha se interesó por los problemas de la organización científica del trabajo, y expuso y analizó las ideas del taylorismo, (Gual, 1929), sobre las que precisamente versa esta ponencia mencionada (Carpintero et al. 1998). Aquí ofrece en trazos simples su idea de productividad –rendimiento mediante principios y procedimientos que impliquen menor esfuerzo humano y económico posibles–, y junto a algunas referencias a sus jalones históricos y su influencia en España, insiste en la necesidad de estrechar la relación entre economía y psicología, al objeto de “espiritualizar el trabajo” (Gual, 1963).

Un estudio minucioso habría de considerar un notable grupo de trabajos sobre los problemas de la automatización y el trabajo, con participación de Carmelo Viñas, y discusión de Gual y Díez del Corral (1965). Y sin duda, hay elementos de interés desde el punto de vista psicológico en algunas contribuciones a nuestros *Anales* de González Álvarez, García Hoz, López Quintás, Fernández de la Mora, Alonso Olea o Segovia de Arana, por ejemplo. También debo recordar la memoria de José Mallart sobre *Obras de dignificación humana*, honrada con el premio Santa María de Hita de 1942-44 (Mallart, 1947).

Pero pondremos aquí por ahora un punto a nuestra revisión. No he pretendido hacer un estudio exhaustivo de cuanta idea cercana a la psicología, o propiamente tal, ha podido tener cabida en las muchas obras que la vida activa de la Academia, en este siglo y medio, ha producido. Lo visto muestra que la psicología es y ha sido una de las disciplinas humanas que importan a los miembros de esta Casa, al tiempo que, vistas las cosas desde el ángulo complementario, los psicólogos, desde que los hay, han visto nuestra Academia como el lugar idóneo en que tener presencia y trabajar.

VIII. CONCLUSIÓN

Estimo que, llegados a este punto, es oportuno extraer algunas conclusiones de cuanto llevamos visto.

Para empezar, resulta evidente que a lo largo de su siglo y medio de existencia, nuestra Academia ha dado cobijo a una serie de manifestaciones, relativas todas ellas a la psicología, aunque de muy diversa índole y calidad. En su nivel teórico y científico, encontramos algunos trabajos relevantes después de que se ha

constituido un grupo de investigación orientado hacia el modelo dominante en occidente, e inspirado por el modelo de ciencia natural y positiva, que hace de la conducta, la mente y la conciencia objetos específicos de aquella –sea para aceptarlos, criticarlos o excluirlos, pero tras reconocerlos como posibles contenidos de su universo semántico–.

La psicología ha llegado a nuestro país primero bajo la forma de un saber de alcance práctico. Ha sido a través de su aplicación a cuestiones sociales y educativas como la nueva ciencia de la mente ha despertado interés y ha recibido el apoyo de ciertos grupos, por lo general de orientación renovadora y modernizadora del país. Precisamente las cuestiones relativas a la orientación y selección de individuos, y a las relacionadas con la organización de empresas y con la economía, han atraído en varias ocasiones a distintos miembros de esta corporación.

Sin duda nuestra sociedad, en gran medida fuertemente inspirada por principios y creencias espiritualistas de raíz religiosa, no era campo propicio para que prosperara un saber de corte experimental acerca de la mente, en que las conexiones con la doctrina evolucionista y las explicaciones naturalistas hacían de ella un campo poco firme y proclive a las desviaciones materialistas. Ese fondo de convicciones ha tenido sin duda fuerte presencia en nuestra Institución a finales del siglo XIX y comienzos del XX, y, al tiempo que prosperaban las orientaciones escolásticas en sentido amplio, aquellas otras más cercanas al núcleo intelectual de la psicología científica en sentido moderno han tenido que esperar a tiempos ulteriores, en que la mentalidad dominante ha estado ya decididamente abierta a la reflexión independiente y crítica y a los métodos y supuestos de la ciencia moderna.

Con todo, nuestra Academia tiene todavía ante sí la tarea de incorporar a su seno aquel pensamiento activamente creador e investigador que se ha formado entre nosotros y ha alcanzado una valiosa plenitud tras la llegada de la nueva psicología al ámbito de nuestras universidades, y la expansión del saber técnico y profesional aplicado a los problemas sociales. Nuestra institución mantiene una representación desproporcionadamente pequeña de un sector intelectual que, como ya dije antes, ha crecido con enorme rapidez en el último tercio del siglo XX. Piénsese que más de veinte Universidades incluyen en su plan docente la formación en psicología, que hay más de cien revistas dedicadas a publicar trabajos sobre esta temática, y que hay más de 30.000 profesionales hoy inscritos en los Colegios profesionales de la especialidad.

Los recuerdos del pasado tienen, en el mundo institucional, un sentido siempre doble: recordar de dónde se viene y qué caminos nos han traído al presente, y también sugerir y estimular la imaginación de un posible futuro, que absorba y supere las limitaciones del hoy, precisamente en busca de una mejor

adecuación al cumplimiento de los fines para cuya resolución fue creada la institución. Desde unos modestos y limitados esfuerzos iniciales, nuestra Casa ha dado lugar a algunas de las más interesantes contribuciones teóricas de nuestra psicología reciente. Es de desear, y es lícito suponer, que la Academia que acoge la psicología entre las ciencias humanas, cuyo cultivo y perfeccionamiento forma parte de su misión cultural, hallará el modo de acercarse sin pausa a la realidad viva y palpitante de tales ciencias en nuestro país, y sabrá hallar también la forma de alcanzar a representar en su seno la riqueza y complejidad que tales saberes han llegado a tener en nuestra realidad social.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO MARTÍNEZ, M. (1884), "El positivismo y las ciencias sociales", *Memorias de la RACCCMP*, V, 371-422.
- ÁLVAREZ DE LINERA, A. (1920), *Transformación de los procesos psíquicos conscientes en Procesos inconscientes*, Madrid, (RACCCMP).
- ANUARIO (2006), *Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 2006*, Madrid, (RACCCMP).
- CARPINTERO, H. (2001), "Psicología y orientación. Comentario a un discurso académico" (1924), en Durán, M.A. Et al., eds. *Estructura y cambio social. Homenaje a Salustiano del Campo*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, pp. 1141-9.
- (2002), "El doctor Simarro y la psicología española", *Anales de la RACCCMP*, LIV: 193-213.
- (2003), *Historia de las ideas psicológicas*, 2ª ed. Madrid, Pirámide.
- (2006), Julián Marías y sus maestros de la Academia: García Morente, Zaragüeta y Besteiro, *Anales de la RACCCMP*, 83: 297-324.
- (2006), *Historia de la psicología en España*, Madrid, Pirámide.
- CARPINTERO, H., GARCÍA, E. y PÉREZ FERNÁNDEZ, F. (1998), "Un capítulo en la introducción del taylorismo en España. La obra de Gual Villalbí", *Revista de Historia de la Psicología*, 19 (2-3): 213-224.
- DÍEZ DEL CORRAL, L. y otros (1965), "Coloquio sobre automatización y trabajo", *Anales de la RACCCMP*, XLI, 203-218.

- FIGUEROLA, L. (1884), "Filosofía del trabajo", *Memorias de la RACCMP*, V, 245-256.
- GONZÁLEZ REVIRIEGO, L. (1920), *Transformación de los procesos psíquicos conscientes en Procesos inconscientes*, Madrid, (RACCMP).
- GUAL, P. (1929), *Principios y aplicaciones de la organización científica del trabajo*, Barcelona, Juventud.
- (1963), "Técnica y psicología en la productividad", *Anales de la RACCMP*, 39: 159-178.
- HILGARD, E.R. (1980), "Consciousness in contemporary psychology", *Ann. Rev. Psicol.*, 31: 1-26.
- IGLESIAS DE USEL, J. (2001), "Severino Aznar, hombre de acción y sociólogo", en S. del Campo, dir., *Historia de la sociología española*, Barcelona, Ariel, pp. 101-128.
- KANT, I. (1998), *Crítica de la razón práctica*, 4 ed., Salamanca, Sígueme (1ª ed., 1913).
- LORENZO RODRÍGUEZ, E. (1920), *Transformación de los procesos psíquicos conscientes en Procesos inconscientes*, Madrid, (RACCMP).
- MALLART, J. (1930), *Las colonias de educación para formación general y profesional y para readaptación social*, Memoria premiada por la RACCMP, Madrid.
- (1933), *La elevación moral y material del campesino*, Memoria premiada por la RACCMP, Madrid, Graf. Mundial.
- (1947), *Obras de dignificación humana*, Memoria premiada por la RACCMP, Madrid, Imp. Minuesa.
- MERCIER, D. (1901), *Los orígenes de la psicología contemporánea*, trad. M. Arnaiz, Madrid, Sáenz de Jubera.
- MIÑANA, E. (1924), *De la orientación y selección profesionales*, Madrid, RACCMP.
- MISIAK, E. y STAUDT, V. (1955), *Los católicos y la psicología. Anotaciones históricas*, Barcelona, J. Flors.
- PÉREZ DELGADO, E. y GARCÍA ROS, R. (1990), "La Universidad de Lovaina en España: Marcelino Arnáiz y la 'Psicología experimental' del pensamiento a principios del siglo XX", *Actas II Congreso del Colegio Oficial de Psicólogos*, Madrid, área 6, pp. 17-27.

- PINILLOS, J.L. (1983), *Las funciones de la conciencia*, Madrid, RACCMP.
- (1987), “Qué es Psicohistoria”, *Anales de la RACCMP*, 64: 243-255.
- (1988), *Psicología y psicohistoria. Escritos seleccionados*, Valencia, Univ.de Valencia.
- QUINTANA, J. (2004a), La Cátedra de “Psicología experimental” de la Facultad de Ciencias. Sección de Naturales, de la Universidad Central de Madrid. Génesis histórica y Provisión de su primer titular, *Revista de Historia de la Psicología*. 25 (1): 57-84.
- (2004b), “La institucionalización de la psicología en la Universidad española”, *Revista de Historia de la Psicología*, 25 (2-3), pp. 1-622.
- SANTAMARÍA DE PAREDES, V. (1898), “El concepto de organismo social”, *Memorias de la RACCMP*, VIII, 17-22.
- SANZ ESCARTÍN, E. (1914), “Notas sobre psicología colectiva. Las emociones de Bolsa”, *Memorias de la RACCMP*, X, 27-148.
- UGARTE DE ERCILLA, E. SI., (1920), *Transformación de los procesos psíquicos conscientes en Procesos inconscientes*, Madrid, (RACCMP).
- VIÑAS, C. (1965), “La automatización y la evolución del trabajo y del factor humano laboral”, *Anales de la RACCMP*, XLI, 151-202.
- YELA, M. (1974), *La estructura de la conducta: Estímulo, situación y respuesta*, Madrid, RACCMP.
- (1981), “El progreso de la inteligencia: evolución biológica y desarrollo cultural”, *Anales de la RACCMP*, 58: 29-60.
- (1982), “La humanización del trabajo: perspectivas psicológicas”, *Anales de la RACCMP*, 59: 25-56.
- (1986), “Síntesis y sentido de la psicología de la inteligencia”, *Anales de la RACCMP*, 63, 47-73.
- (1990), “Psicología de la vejez: El viejo, su yo y su circunstancia”, *Anales de la RACCMP*, 67: 17-33.
- (1994), “Ordenadores, robots y personas: hacia una teoría general de los sistemas inteligentes”, *Anales de la RACCMP*, 71: 9-28.

ZARAGÜETA, J. (1952), *Filosofía y vida*, 3 vols., Madrid, CSIC.

— (1963), “Psicología de la vida económica”, *Anales de la RACCMP*, 39: 125-148.

— (1968), “Los complejos psicológicos”, *Anales de la RACCMP*, 44: 65-82.

— (1969), “El hombre y el animal”, *Anales de la RACCMP*, 46: 117-136.

— (1971), “La voluntad en función del futuro”, *Anales de la RACCMP*, 48: 13-36.

WUNDT, W. (1920), *Grundriss der Psychologie*, Stuttgart, A. Kröner.